

para llevársela, y que más tarde lo vió martirizar á la pobre Nowla.

Miraïda sabía el peligro que amenazaba á su padre. La hemos visto en el hotel Lucifer, llorosa después de haber oido las amenazas de Sauton, arrojarle de rodillas ante el Baniano y suplicarle perdón para el residente. El Indio la había rechazado brutalmente. Desde entonces sólo pensó en huir y buscar al Residente para prevenirle.

Una tarde, Sauton se encontró muy apurado para representar la comedia de apariciones. Miraïda, debatiéndose como una tigrilla, había escapado de las manos de las indias que la cuidaban, y había huído...

LIBRO TERCERO

TRES POLICÍAS

I

Á LA SOMBRA DE WESTMINSTER

La noche comenzaba á caer. Bajo las naves de la iglesia de Santa-Margarita, la sombra ya espesa sólo se disipaba de lejos en lejos por la luz de un cirio ó el globo de una lámpara.

En una nave desierta una joven estaba arrodillada...

Tras uno de los pilares dos hombres hablaban en voz baja.

La joven no era otra que miss Mary Zephyr.

En cuanto á los dos hombres, uno de los cuales nos es conocido tan sólo, Jonathan Girle, parecía que el objeto de su presencia en el templo no era el culto de Santa Margarita.

— Bien, Sr. Marqués, decía Jonathan mostrando á la joven. ¿No os basta la calidad de la mercancía?

El otro, un viejo de dorso inclinado, de pocos cabellos y piel apergaminada, tuvo una mirada de codicia.

— ¡Hum! exclamó, es muy caro. Bien sabéis que estoy arruinado. Cuatrocientas libras esterlinas. ¿En qué pensáis?

— Arruinado, pensó Jonathan. Tiene aplomo este viejo vicioso y ladrón.

Después en tono alto siguió persuasivo:

— ¡Cara! cuatrocientas libras por la posesión de una pollita tan fresca. Bien sabe el señor marqués que Roberto y yo arriesgamos la cuerda.

— ¡Ah! exclamó suspirando el viejo marqués de Hackney (porque era él), si fuese Georgina...

— ¡Paff! á esto me permitirá milord hacerle observar que para ella no es bastante rico... ni bastante guapo. Dada la inmensa fortuna del antiguo residente, el patrimonio del señor marqués hará poco peso en la balanza.

El viejo, picado en lo vivo, y encontrando en el fondo de su ser algún vago recuerdo de su fiereza de antes, acaso iba á contestar fuertemente, pero se contuvo.

— Nada de chanzas, maestro Girle, dijo. Puesto que es preciso que olvide á Georgina, acepto este medio para hacerme tonto. ¿Están, cuando menos, tomadas bien las medidas? Bien sabéis que sólo pago contra entrega. ¿Dónde está Roberto?

— A dos pasos, en Sanctuary-Street. Ahí tiene el coche. Uná vez la muchacha adentro, es como si la tuvieseis en vuestra casa de Richmond...

— ¡Hum! dijo el viejo algo receloso. El lugar no me parece bien escogido; está muy cerca de Scotland-Yard para esta clase de operaciones, y tengo dudas sobre el éxito.

— No temáis nada, milord; la hora no puede ser más propicia, y bajo su carrick de cochero, Roberto está desconocido.

Si miss Mary Zephir iba á hacer sus oraciones tan lejos de la casa de su tío, era porque Dick, como lo había anunciado, no partió para Francia y habitaba ese barrio, donde hacía ocho días se daban citas.

El joven la había llevado hasta la Iglesia prometiéndole volver á buscarla para llevarla á casa de su tío después de la visita que iba á hacer á Dady. La hora pasaba.

Habiendo acabado de orar, Mary se había sentado, entregándose á ensueños melancólicos que favorecían el silencio y soledad de la nave.

Por último se impacientó, persuadida que Dick había sido obligado á faltar á su promesa, y se decidió á abandonar el templo temerosa de irritar á su tío, escrupulosamente exacto para las horas de comida.

Salió por la pequeña puerta del sur. En cuanto puso el pie en la lane, estrecha y solitaria, que costaba la muralla de la real Abadía de Westminster, le pareció que dos sombras salían de un rincón, y un temor instintivo se apoderó de ella... Acababa de acordarse del doctor Tom.

Pero las dos sombras pasaron; ella continuó su camino reprochándose su miedo, cuando otra sombra, blanca ésta, se lanzó repentinamente contra ella.

La hija del mayor Rowland, aunque valerosa, iba á lanzar un grito, pero se tranquilizó al darse cuenta que la persona que así se lanzaba á su encuentro era una joven cuyo rostro encantador no podía causar miedo.

Es verdad que su traje parecía extraño en una calle del West-End, en una época tan distante del Carnaval. Sin embargo, la exposición cosmopolita había llevado á Londres una turba tan excéntrica que no había porqué asombrarse de encontrar un Indu ó un Javanés en el Strand ó en Holborn.

La joven que acababa de abordar á miss Mary era de una gran belleza, y su traje, casi copia exacta del de la brahamin de Siva que hemos visto en Wimsical-City.

Asombrada, la hija del mayor Rowland, se preguntaba qué podría quererle la extranjera, cuando por fin, después de dudar un poco, ésta la saludó gentilmente, diciéndole.

— Perdonadme, señorita, por haberos acosado sin ser conocida de vos; pero sois mujer, y la bondad se lee en vuestro rostro: esto me da valor para haceros una pregunta.

— ¿Qué deseáis? preguntó miss Mary, dispuesta en su favor, por la gracia y belleza de la desconocida como por su voz dulce y armoniosa,

— ¿No pudierais decirme dónde vive sir Franck Zephyr, antiguo residente de Nepaul?

— ¡Sir Franck! exclamó Mary intrigada.

— Es preciso que le vea. Es preciso, porque corre un gran peligro.

— Un peligro, exclamó aún la joven inglesa.

— Un peligro de muerte.

La pequeña Indu mostraba señales de una gran emoción y no era posible dudar de su sinceridad.

Mary estaba asombrada de lo que oía.

— ¡Dios mío! señorita, exclamó preocupada, no sé la dirección de sir Franck, pero lo que me habéis dicho me ha impresionado más de lo que creéis. Ahora soy yo quien os suplica que vengáis conmigo.

— ¿A dónde queréis llevarme?

— A casa de mi tío, el alderman Adrián Zephyr, á quien hay que prevenir pronto para que á su vez lo haga con su hermano sir Franck.

Apenas acabó de decir esto, cuando la Indu la cogió las manos y empezó á besárselas.

— Vos sois la sobrina de sir Franck, exclamó. ¡Sois miss Mary!...

— ¡Sí! dijo Mary, pero vos, señorita ¿quién sois para interesaros así por sir Franck?

— Yo soy Miriam, su hija, y estoy muy contenta de haberos encontrado. Vos me ayudaréis á salvarlo. ¿Es verdad?

— ¡Vos hija de mi tío Franck! ¡Pero si jamás oí decir que tuviese alguna hija!

— Eso sería demasiado largo para explicároslo. Primero es preciso salvarle, prevenirle del peligro que corre... Llevadme os suplico, escondedme en cualquier

parte... Para buscarle, me he escapado de las manos de mis enemigos y los suyos... Es preciso que no me vuelvan á encontrar.

— Y bien, ya os lo he dicho, venid conmigo á casa de mi tío el alderman.

— ¡ No ! dijo Miriam, porque es preciso sobre todo ocultarnos de ese hombre ; es cómplice de los enemigos de su hermano.

— ¡ Él ! exclamó Mary, cuyo rostro se cubrió de mortal palidez.

Ciertamente, su primo y ella, ya lo sabemos, no ignoraban algunas villanías de su tío Adrián, pero de esto á creerlo capaz de un crimen... había distancia.

— No os puedo explicar todo en pocas palabras, siguió Miriam. En nombre de mi padre os suplico que me creáis... ¡ Os juro que lo que digo es verdad !

Había tal acento de angustia en la voz de Miriam, que Mary se encontró dispuesta á creerla... pero al mismo tiempo se encontró perpleja porque no sabía dónde encontrar á sir Franck.

— ¡ Oh ! exclamó, es horrible lo que me decís. ¡ Sería posible una tal infamia ! ¿ Qué hacer, Dios mío, qué hacer ? Escuchad, añadió cogiendo del brazo á Miriam, entremos en la iglesia. Ahí estaremos mejor para hablar que aquí. Es preciso que sepa todo para decirselo mañana á mi primo Dick, quien encontrará un medio para llegar hasta mi tío Franck.

— ¡ Está bien ! dijo Miriam.

— ¡ Truenos ! he ahí que se devuelven, dijo el cochero de una berlina de viaje estacionada en el ángulo

de la esquina del Parlamento, y que desde hacía un momento parecía interesarse por el encuentro de las jóvenes.

— Y la hora avanza... No hay que perder la prima del marqués de Hackney, porque el alderman se enojaría, y Day-Lily se pondría de mal humor... Tú que tienes buenos ojos, Roberto, ¿ ves la que está con ella ?

El cochero usó una mano como pantalla.

— Juraría que es Miraida, dijo al cabo de cierto tiempo, ve tú también, Jonathan.

El hombre del interior sacó la cabeza.

— ¡ Diablo ! dijo, es ella ó que Dios me condene ! como diría el capitán... He aquí que la situación se compliará extrañamente, porque ya no se trata del rapto de una sola. ¡ La pensionaria de Sautón sabe demasiado para dejarla sola !

Saltó sobre la acera, y añadió.

— Baja también, Roberto. La confidencia ha durado ya bastante. Vamos á levantar la caza y á batirla en la ratonera.

Sin responder, Roberto Vaughant descendió del pescante, y un momento después, Jonathan Girle y él avanzaban á paso de lobo en la sombra que la alta muralla de la abadía de Westminster proyectaba en Old-Palace-Yard.

Las dos primas marchaban cogidas por los brazos y hablaban con cierta animación. Solamente, si en el ojo negro de Miriam brillaba la llama de las grandes decisiones, en la pupila azul de miss Mary sólo se leía una tristeza sin límites.

Esta tristeza probaba el buen corazón de la joven Inglesa, porque provenía de las revelaciones que acababa de hacerle la hija de Nowla acerca de las canallas del alderman.

— Es verdad, murmuraba con voz quebrantada. No podemos ir á decirle todo eso al alderman... Pierdo la cabeza y no sé si yo misma debo volver á su casa...

— Vos, dijo vivamente Miriam, ciertamente. Vos debéis ir sin dejar adivinar nada de lo que sabéis... Lo contrario excitaría las sospechas y pondría á la banda sobre aviso... ¡Es preciso que Sauton y sus cómplices ignoren nuestro encuentro de hoy!

Mary se cogió la cabeza con las dos manos.

— ¡Oh! es horrible, horrible. Tantas infamias juntas. ¿son posibles? ¡Es espantoso!

Llegaban á la pequeña puerta de Santa Margarita.

De repente, miss Mary se volvió al oír lanzar á Miriam un gemido ahogado. Del ángulo de la muralla había salido un hombre que la había cogido de los brazos y encapuchonado la cabeza.

Por la segunda vez, la atroz visión del doctor Tom pasó ante sus ojos, y, al mismo tiempo, se sintió cogida por un segundo agresor.

El terror de la pobre niña fué tal, que lanzó un grito de agonía, y perdió el conocimiento.

— Truenos! gruñó el segundo personaje poniendo la mano sobre la boca de la joven, y riendo, la pollita no tiene prudencia. De este modo, nuestros amigos de la Oficina Central pueden concluir tranquilamente su té.

Envolvió en una manta el cuerpo inanimado de su víctima y añadió cargándola sobre las espaldas.

— ¿Estamos listos? Roberto.

Por mi fe que no. A pesar del brillante debut de su ataque, la presa no se dejaba hacer tan fácilmente como la de Jonathan.

Pasado el primer momento de sorpresa, Miriam se había repuesto; se debatía, retorciéndose como culebra entre los brazos del legista, y como estaba vestida de seda casi se le había escapado, después de haberle ensangrentado el rostro con sus uñas.

La captura de la que llamaban Miraïda, y que en realidad se llamaba Miriam era, sin embargo, tan importante para ellos como la de Mary. Bien lo habían comprendido escuchando la conversación de las jóvenes. Ahora obraban, menos por satisfacer al viejo marqués, como por velar por la asociación que acaso estaba en peligro.

— A mí, Jonathan, clamó Roberto, que se me va á escapar.

Jonathan dejó sobre la acera el cuerpo inanimado de Mary, para ir en socorro del legista.

Sin embargo, Miraïda continuaba debatiéndose entre las manos de los dos bandidos, con movimientos de pantera, volteando alrededor del cuerpo de Mary, mientras que los asaltantes buscaban arrinconarla en la muralla para hacer presa.

— ¡Mary! ¡Mary! exclamó la joven India, en el momento en que casi tocaba con el pie el cuerpo de su prima.

Pero como no le respondiese, creyó que el crimen se había efectuado, y como reconociese á los dos bandidos, y los sabía capaces de asesinar á una joven, se puso á pedir socorro con voz penetrante.

Estos gritos comprometían la posición de los asaltantes, dada la proximidad de Scotland-Yard.

— Maldita, juró Roberto, va á hacer que nos prendan.

— No hay más que decir, siguió Jonathan, hay que cerrarle el pico.

Uniendo la acción á la palabra sacaron sus cuchillos y se lanzaron contra la joven, que, gritando siempre, los aguardaba sin palidecer.

No le tocaba la suerte por esta vez á la joven, porque, caído del cielo ó salido de la tierra, apareció repentinamente un joven entre ella y sus asaltantes que maniobrando con pies y manos, envió á Jonathan y á Roberto, á derecha é izquierda, rodando por el pavimento.

II

UN PARIENSE PALADÍN

¿Quién era este hombre, que al primer golpe había vencido tan bellamente al maestro de baile y al legista?

Jehan Marasquin, el mismo Parisiense que había aglomerado la turba de cockneys alrededor del « 28 ordinario » y sir Franck el día de la llegada á Londres de este último.

Sin embargo, en cuanto se levantaron los malvados volvieron á la carga con los cuchillos en alto.

— ¡Ah!, exclamó simplemente el gran diablo; continúa el juego! Cuchillitos á mí. ¡Bien, mis buenos amigos, tendremos la fiesta á zapatazos!

Y, abandonando la posición de boxeador que había tomado para esperarlos, imprimió á su cuerpo un movimiento de báscula, sus manos tocaron el suelo, mientras que sus pies golpeaban de nuevo, uno en la cabeza de Jonathan, el otro en el pecho de Roberto que rodaron por segunda vez lanzando un gemido.

— ¡He ahí, dijo el Parisiën levantándose y saludando, un poco de juego de pies franceses! Si queréis más, gentlemen, estoy á vuestra disposición.

Pero los canallas tenían bastante, y se alejaban cojineando sin pedir más, mientras Marasquin se volvía á las jóvenes.

Algunos instantes después, gracias á los cuidados de Miriam y de Marasquin, Mary volvía en sí.

Jehan Marasquin sólo esperaba ésta vuelta á la vida para ofrecer sus servicios.

— Señoritas, dijo, me siento feliz por haber llegado tan á tiempo para sacaros de un mal paso.

La India tuvo para él una graciosa mirada de reconocimiento.

— ¿Han detenido á los bandidos? preguntó Mary temblando aún.

— No, respondió Jehan. Pero estad tranquila; la primera copla de mi canción les ha bastado, y se han retirado sin esperar el estribillo; se han marchado... á la Inglesa.

Roberto y Jonathan habían desaparecido, creyendo que lo más importante sería poner á Day-Lily al tanto de la situación.

— Ahora, añadió Marasquin, si me permitís os acompañaré á vuestra casa, señoritas. Las calles de esta ciudad no son más seguras que las de París, y ya habréis juzgado que las jóvenes solas corren peligros.

Las dos jóvenes se vieron como embarazadas. ¿Podían poner á este desconocido al corriente de sus asuntos? Pero, después de todo, Marasquin acababa de

prestarles un servicio y tenía la cara franca y parecía tan bueno, que Mary creyó poderse confiar á él.

Sin embárgo, como sus dudas duraron algo, el joven murmuró, deseando impedir una negativa.

— Es decir, me convierto en vuestro caballero de honor.

— ¡Bien, señor, dijo por último miss Mary, es preciso que os hagamos una confidencia, y acaso podáis prestarnos otro servicio, por el que os quedaríamos agradecidísimas.

— Hablad, señoritas, y si sólo depende de mi probaros que los franceses son galantes...

— He aquí, dijo Mary. Acepto con mucho gusto vuestra oferta por lo que á mí concierne. Pero estoy muy perpleja con mi prima que no sabe á dónde ir. Soy sobrina del alderman Adrián Zephyr; pero por razones que no puedo explicaros, no puedo llevar á esta pobre niña á casa de mi tío, y antes por el contrario, debo ocultarle mi encuentro.

— ¡Por ejemplo! exclamó Marasquin asombrado. Vaya una situación extraña. ¿Los padres de la señorita no están en Londres?

— Sí, respondió Miriam. Mi padre está aquí, pero me he escapado de manos de unos bandidos que me secuestraban y no sé su dirección... Me he escapado para buscarle, y es preciso que le encuentre.

Marasquin estaba cada vez más asombrado. Su encuentro con las jóvenes era una aventura novelesca, y aunque no comprendía nada del misterio comenzaba á interesarle.

Es preciso decir, también, que la belleza de Miriam le había herido.

— ¿Cuál es el nombre de vuestro padre?

— Sir Franck Zephyr.

— ¡Oh! Oh! el inventor de Lucifer. Es un verdadero gentleman, y un león; yo lo he visto desplomar á un hombre con una simple caricia. Como quiera que sea, siguió, está mal escogida la hora para buscar en Londres á un hombre cuya dirección se desconoce. Por otra parte, no podéis permanecer en la calle. ¡Pero qué digo! Aun mañana será tiempo para buscar á vuestro padre, y yo os prometo hacerlo eficazmente. Mientras tanto, si queréis creerme y tener confianza en mí, os conduciré á un lugar en donde no tan sólo estaréis al abrigo del doctor Tom y canallas parecidos, sino que recibiréis todas las atenciones que se deben á vuestro sexo.

Marasquín se creía un buen orador, y, en efecto, había soltado este discurso sin gran dificultad.

— Veamos, añadió, yo soy un buen muchacho (apuesto que ya lo habéis adivinado), incapaz de engañaros. Os juro que hago una proposición honrada y... práctica. La persona á cuya casa os quiero conducir, es una buena señora, comerciante de París, compatriota y prima mía, que he encontrado antes de ayer en Hyde-Park, y que habita en el hotel Lucifer, á donde me ha invitado á ir á ver... No tiene niños, y es lo que más siente en su vida... Os recibirá como hija en cuanto sepa vuestra situación... Vamos ¿no es verdad? ¿Queréis que os presente á la Sra. Dupoteau, de la « Corbeta Nupcial », prima mía á la moda de Bretaña?

El acento de Marasquín respiraba buena fe.

— Acepto, dijo Miriam.

— En marcha, pues, concluyó el parisiense.

A pesar del retardo considerable sufrido por Mary, ésta no quiso separarse de su prima hasta saber en qué manos la iba á dejar. Las jóvenes siguieron al bravo muchacho y subieron por White-Hall.

Poco después Jehan preguntaba en el hotel Lucifer por la Sra. Dupoteau.

El Sr. Dupoteau acababa de entrar con un humor detestable, porque en la exposición se había inaugurado una distribución automática de gin, sistema Lucifer.

— ¿Qué significa esto? exclamó al oír las palabras pronunciadas en el tubo acústico. ¿Un señor pregunta por ti? ¡Quedad ahí, Sra. Dupoteau, que quiero ir yo mismo!

— ¡Vaya, clamó ella, no será por las dos damas por lo que quieres bajar... Bien te conozco... Te prohibo que me sigas.

Y, majestuosamente, la prudente Cesarina salió cerrando con llave la puerta en las narices de su marido.

Como Marasquín lo había previsto, la Sra. Dupoteau lanzó un grito de alegría en cuanto vió al muchacho á quien llamaba su primo, que pasaba en la familia por muy mala cabeza, para quien ella sola se mostraba indulgente.

En pocas palabras Marasquín puso á la buena señora al corriente del servicio que iba á pedirle, y fué bastante elocuente para hacerla comprender que si no la

acogía sería otra víctima más para el Doctor Tom.

Miriam había producido una profunda impresión en el Parisiense. Una voz desconocida hasta entonces comenzaba á hablar en el fondo de su corazón.

El solo nombre del Doctor Tom, bastó para hacer compasiva á la buena señora, y aceptó gustosa acoger á Miriam.

Subieron todos, y como la Sra. Dupoteau viera á su marido con los ojos encandilados le habló en un tono que ciertamente, no era el de la simpatía.

— No mires á esas juventudes, y no olvides que eres mi marido... Te mandarás poner una cama de campaña en la antecámara y procura recordar, en lo sucesivo, que este cuarto está reservado á la señorita y á mí.

Mary prometió á su prima informar á Dick de lo que pasaba, y pidiendo permiso, se retiró permitiendo al joven Marasquín que la acompañase hasta Poultry.

III

LECCIÓN DE ESGRIMA Y LECCIÓN DE COMBATE

Sin embargo, si Andrew, Ellrik, Isaiah, Otto Uckrill pertenecía al servicio de miss Mary Zephyr, también estaba al servicio secreto de la Oficina de Scotland Yard. Hombre concienzudo, como era, no podía desatenderse del último por atender tan sólo los negocios de su corazón. Por orden del lord jefe de justicia tuvo que ausentarse de Londres durante cuatro días, para un asunto de importancia, y á su vuelta estaba algo inquieto.

Durante su ausencia había pasado muy malos ratos pensando, por más que su confianza en Dady y Pip era muy grande.

— Sin duda, se decía, Pip es un excelente joven, y Dady un viejo respetuoso á la consigna, pero ambos tienen pasiones que un buen policía no debe tener. Pip tiene á Suki, Dady tiene al gin; y, por otra parte, no tienen el mismo interés que yo en velar. Con gentes

como las que tratamos hay que estar siempre sobre aviso porque siempre dan sorpresas desagradables.

A toda costa quería asegurar la tranquilidad de su protegida y comprendía que su parentesco con Adrián le impedía obrar libremente, por temor al escándalo y la deshonra del nombre que ella llevaba. Así es que era preciso desenmascararlo, sin que sus crímenes saliesen á la luz. Pero ¿cómo llegar á ese fin? No se podía arrestar á toda la banda de bandidos, incluyendo al alderman; y tenía que obrar solo, con la ayuda de Pip y de Dady O'Crab, como lo había hecho hasta ahí.

He ahí porqué el bravo Uckrill sentía cada día aumentar su ansiedad, y porqué estaba preocupado al descender del tren volviendo de su viaje por orden de la Oficina central.

— Ah! ciertamente, se decía, hay un medio de salvar todo: poner á sir Franck al corriente de lo que pasa. Prevenido de la duplicidad del alderman, le reclamaría su dinero. En todo caso la cuestión del dinero es secundaria y vendría después; empezaría por tomar consigo á su sobrina Mary, y eso ya sería lo principal. Después, advertido que le amenaza un mal golpe, se pondría en guardia. Un hombre como él, en guardia, vale por cuatro, y además Pip, Dady y yo estaríamos ahí para ayudarle... Acaso también el joven Dick no desdenaría ser de la partida al saber que se trata de defender á su prima.

« Sí, sí, esto está muy bien; pero para ello son precisas dos cosas: primero que sir Franck sea el hombre de corazón que espero encontrar en él, y después, que

me crea bajo mi palabra. Y yo puedo tener dudas, ¡oh! dudas tan sólo, sobre el buen corazón del residente. Su conducta con sus sobrinos no es para tranquilizar á nadie. ¡Yo que contaba tanto con él! Desde su llegada á Londres no se ha ocupado de ellos para nada, y sólo ha tenido ojos para la marquesa.

El bueno de Andrew llegaba ahí en sus reflexiones, cuando se encontró delante de la puerta de la casa, en donde hemos tenido el gusto de trabar conocimiento con el gentleman Pip y el capitán Dady O'Crab, el día que el joven había hecho encolerizar á su camarada por modo tal, que las orejas del Presidente Barlow debieron enrojecer.

Ascendió en la escalera hasta el primer piso, y se detuvo un momento, asombrado por el ruido que había en el cuarto. Movimientos escandalosos, producidos como por la caída repetida de varios cuerpos; golpes contra las paredes, sonar de muebles, gritos feroces...

Se hubiera dicho una lucha.

Uckrill entró y de tal modo estaban absortos en la pelea — porque era en efecto un asalto de esgrima — los dos personajes que se encontraban en el cuarto, que no se dieron cuenta de su llegada.

Uno de los personajes era el capitán Dady O'Crab. El capitán tenía en la mano un florete con el que hacía molinetes terribles, atacando por la derecha, por la izquierda, tirándose á fondo con sólo un paso de sus largas piernas, saltando con agilidad singular, replegándose como una fiera, los ojos furibundos y las narices dilatadas. Sus largos pies, sus pies inmensos batían

furiamente el suelo, siendo los más bellos instrumentos que imaginarse pueda para hacer las llamadas.

Alrededor de él, las mesas y las sillas estaban volteadas como cadáveres, las piernas en el aire. Y juraba, y blasfemaba como sólo él podía hacerlo, entremezclando blasfemias y rugidos con consejos que daba á su adversario ó más bien á su discípulo... porque esto era una lección de esgrima, y él, el profesor.

El otro, — el discípulo, tenía una careta, y Uckrill no lo pudo reconocer al principio, porque el capitán le daba bastante trabajo para que no permaneciese inmóvil medio segundo.

— Una, dos ¡á fondo! clamaba el capitán ¡Parada cuarta! ¡Atacad! ¡Parada tercera! ¡Atacad! ¡Degagé! ¡Coupé! ¡Degagé! ¡Más vivo, Piel de Anguila! ¡Golpe derecho! ¡A fondo! pues, á fondo! ¡Y ese golpe! ¡Parad! ¡Por las tripas de Barlow y las de Satán confundidas! Vamos pues ¡Golpe á la izquierda! ¡A fondo! ¡Una finta! ¡Batid el hierro! ¡A mí! ¡Bien! ¡Muy bien esta vez, piel de anguila! ¡Si tuviese vuestros veinte años! ¡Os enseñaría en un momento un golpe inventado por mí que ni Dios pararía aunque Satanás le llevase ¡mil millones de cuernos del infierno! ¡Pero basta ya! Tengo sed. Atención. ¡Dos llamadas! ¡Salud!

Dejó en un rincón su florete, se limpió el sudor, y exclamó :

— ¡Me rejuvenezco!

En efecto, estaba rebotante de júbilo. Podía maldecir á su antojo, la mitad del precio de sus lecciones podía pagar sus blasfemias.

Hasta entonces fué cuando percibió á Uckrill que no había hablado nada.

— ¡Vaya! dijo ¡Estabais ahí, Sr. Andrew? ¡Estoy contento de veros volver en buena salud, piel de anguila!

Pero Uckrill no le contestó. Con la boca abierta acababa de ver al discípulo de Dady quitarse la careta, y había reconocido á Dick.

— ¡Dick Crankle, el joven Dick Crankle, el primo de miss Mary Zephyr! exclamó.

Dick no conocía á Uckrill. Le miró muy asombrado por esta exclamación.

— ¿Me conocéis, señor? preguntó.

Uckrill estaba sorprendido y encantado de este encuentro.

— Perdonadme, respondió, si mi exclamación os ha parecido fuera de lugar. Yo os conocía, porque algunas veces os ví en compañía de vuestra bella prima, miss Mary, hija de mi antiguo y venerado amo, el mayor Rowland Zephyr.

— ¿Habéis conocido y servido al mayor?

— Me precio de ello, contestó Uckrill, y aunque los acontecimientos me hayan separado de su hija miss Mary, desde su infancia, todo mi corazón y mi devoción son para ella.

El efecto de sus palabras fué que Dick mirase á Uckrill con aire de interesarse mucho por su apariencia honrada.

— No sé sino de un hombre que pueda hablar así, respondió... se llama Uckrill y fué el que asistió al mayor en sus últimos momentos.

— Pues bien, dijo Uckrill con emoción, ese hombre soy yo. Pero vos, querido joven ¿cómo sabéis esto?

— Lo sé, porque miss Mary me ha hablado á menudo. Soy muy feliz en encontraros, Sr. Uckrill, porque mi prima guarda de vos un recuerdo dulce, y cualquiera que sea su amigo, lo es mío.

Pintar la alegría del número 3 al oír estas palabras, sería tiempo perdido el intentarlo. Reía y lloraba al mismo tiempo. Así pues su protegida se acordaba del buen diablo de servidor que la hacía bailar sobre las rodillas cuando aún era una niña; y experimentaba una ternura indecible al oír á Dick afirmarle que esta esperanza no era una quimera.

— Y soy tanto más feliz en encontraros, señor Uckrill, repitió aún Dick tendiéndole la mano, porque podré confiaros un secreto.

— ¿Un secreto?

— Puesto que sois adicto á miss Mary.

— He jurado á su padre velar siempre por ella, de lejos como de cerca.

— Pues bien; acaso tenga necesidad de vuestro concurso para ayudarme á defenderla. Por eso solamente hace ocho días que he abandonado la casa de mi tío, y vivo en Londres escondido.

— ¿Defenderla? ¿Qué peligro corre?

— Nuestro tío Adrián la quiere casar contra su voluntad con un hombre á quien no ama. Yo he jurado impedirlo.

— Habéis hecho bien, joven, exclamó Uckrill. Pero, ¿cómo esperáis hacerlo? ¿Qué ayuda deseáis de mí?

— Como principio, dijo fieramente Dick, Mary y yo estamos prometidos.

— Ya lo había previsto, y lo apruebo.

— He pensado, siguió Dick, que el mejor medio de impedir el matrimonio es matar á ese Sr. de Blancanard, el novio.

— ¡Ah! pensó Uckrill, un medio radical. Y á ese Blancanard quiere dar su sobrina el canalla del alderman... Sí, sí, bien veo sus cálculos.

Dick prosiguió:

— Por eso me encontráis tomando lecciones de esgrima con el capitán Dady O'Crab, á quien conocía por haber oído un día al gentleman Day-Lily decirle á mi tío, señalándosele: «Ese es el capitán Dady O'Crab, un zorro viejo.» Como he visto al capitán entrar en esta casa, pensé que aquí vivía, y he venido á pedirle que me enseñe algunos botonazos.

El capitán, durante este coloquio, se había sentado ante su mesa, y preparaba metódicamente un grog, operación indispensable después del ejercicio que acababa de hacer.

Al oír las últimas palabras, se volvió á Dick.

— Sí, exclamó, y me puedo jactar de que á pesar de mi edad, aún estoy en aptitudes de enseñaros á manejar una hoja de acero.

Sin embargo, Uckrill seguía soñando. Pues que Mary amaba á Dick, éste tenía que interesarle tanto como ella y la perspectiva de un duelo no le agradaba. Tenía bastante porqué desconfiar de los duelos desde la muerte del mayor.

— ¡Eh! ¡Eh! exclamó el capitán después de haber religiosamente bebido la mitad de su grog. Tiene buen puño el joven Sr. Dick, y ese Blancanard en cuestión ya tendrá qué hacer.

Pero sin meterse á averiguar si Blancanard sería ó no adversario para el joven, Uckrill, que había asistido á la última parte de la lección de esgrima, había podido notar que no tenía ninguna experiencia. Por otra parte, también sabía que el viejo Dady no era capaz de enseñarle á Dick otra cosa que algunos molinetes y unas cuantas estocadas. Si el capitán en otro tiempo había pasado por un espadachín, lo debía tan sólo al tamaño inusitado de sus brazos y á su vigor, que convertían en sus manos, una espada en una lanza. Pero Dick, de talla mediana y que no tenía esas ventajas...

Por eso añadió.

— ¡Bravo, joven! Queréis defender á vuestra prometida! Eso es de valientes y no seré yo quien os lo impida. Pero si queréis escuchar el consejo de un hombre prudente, eso no es lo que hay que hacer. ¿Habéis pensado en lo que sucedería si la suerte del duelo os fuese fatal? La joven quedaría sola, sin sostén, y más desdichada que ahora...

La observación era justa, é hizo palidecer á Dick. Sin embargo, los jóvenes están llenos de fuego y confianza.

— ¡Bah! exclamó. No tengo miedo, y es imposible que me venzan defendiendo tal causa.

— Escuchad, dijo Uckrill; hay cosas que yo sé y que vos no podéis saber. Las sé, porque hace tiempo que

tengo establecida una vigilancia alrededor de vos, de miss Mary y de vuestro tío Adrián. Lo he hecho porque lo he jurado al mayor Rowland, quien fué llevado á una emboscada con nombre de duelo y asinado por canallas que estaban en conivencia con vuestro tío el alderman.

— ¿Qué decís?

— Escuchadme, los instantes son preciosos y no puedo entrar en explicaciones largas, pero os juro que digo la verdad: y os conjuro á que me creáis si queréis salvar á nuestra pequeña Mary. Ella, vos y vuestro tío Franck estáis rodeados de enemigos mortales. Ese Blancanard de quien me habláis no es sino un comparsa insignificante. Si le matáis no ganaréis nada, el peligro será el mismo. ¿Queréis creerme y dejaros guiar por mí?

Uckrill había hablado en tono tan grave y con tal sinceridad que Dick se sintió impresionado. Además, la aventura de miss Mary y Miraída en la « lane » de Santa Margarita había hecho nacer en él toda clase de sospechas.

— Sí, respondió, no os comprendo claramente, pero os creo. El peligro de que me habláis lo siento instintivamente, y lo que Mary (á quien he visto hace poco) me ha dicho no es para tranquilizarme. Figuraos que la pobre ha estado á punto de morir de miedo ayer. Ha sido atacada en la calle y acaso raptada infaliblemente, si no es por la intervención de un paseante que puso en fuga á los asaltantes. Así es que la he suplicado no salir, aunque se me rompa el corazón por no verla. Es

para volverse loco con lo que pasa. ¿Quiénes son los enemigos que nos persiguen? ¿Qué quieren de nosotros? Es preciso que lo sepa.

Interrogado por Uckrill contó, no sin ser interrumpido por las blasfemias de Dady indignado, el extraño encuentro de Mary con la India que le había preguntado el domicilio de Sir Franck; contó cómo esta India, llamada Miriam, le había afirmado ser la hija del residente, y haberse puesto en su busca para advertirle del peligro que corría; cómo dos hombres se habían precipitado sobre ella y el resto que conocen nuestros lectores, sin omitir detalle hasta su depósito con la Sra. Dupoteau.

Para escuchar toda la relación hecha con voz calenturienta, Uckrill se había cogido la cabeza con las manos.

Cuando levantó la frente, Dick se asombró de ver una mirada alegre en sus ojos y una sonrisa en sus labios...

— ¡Miraída, Miraída encontrada! exclamó Andrew.

¿Estáis bien seguro de lo que decís? ¡Entonces, Dios está con nosotros! Y pues miss Mary ha salido sana y salva del ataque de esos bandidos, podemos decir que ha sido una aventura feliz la que ha pasado. ¡Miraída tomando parte en favor de su padre contra esos canallas! he ahí un acontecimiento que nos servirá grandemente. Gracias á ella, vamos á poder abordar á sir Franck, decirle el nombre de sus enemigos y las maquinaciones que traman contra él.

— ¿Mi tío Franck está, pues, en Londres? preguntó

Dick en el colmo de la sorpresa. Mi tío el alderman nos había dicho lo contrario.

— Vuestro tío os ha engañado y tenía razones para ello. Y no os enojéis porque os digo esto, pero vuestro tío es uno de los que os amenazan y de quien hay que cuidarse. Os lo puedo probar cuando gustéis, y estoy muy contento porque voy á poder hablarle á sir Franck del mismo modo. A él, á sir Franck es á quien hay que ir á pedirle protección. ¡He ahí el consejo que quería daros, joven! Hace tiempo que yo hubiera hecho lo mismo, pero no había osado, temiendo que no me creyese cuando le contase la duplicidad de su hermano. Ahora todo va bien, no temerá dar fe á quien le devuelve su hija. ¡Ah! ¡Las circunstancias son graves! Dejadme reflexionar sobre la línea de conducta que debemos seguir. De nuevo se cogió la frente entre las manos, y permaneció algunos instantes silencioso.

Dick esperaba que se explicase.

Por último, Uckrill fué á la chimenea, cogió papel y pluma, y tendiéndoselos al joven le dijo:

— Escribid lo que voy á dictaros...

Dick, dominado, obedeció.

« Mi querido tío Franck,

« Mary y yo os creíamos ausente de Londres. El que nos lo afirmó nos ha engañado, y acaso os han dicho alguna mentira parecida para impedirnos que nos veáis. Hoy he sabido la verdad; he sabido también que Mary y yo tenemos inmediata necesidad de vuestra protección, y espero no nos la negaréis porque creo que nos

amáis como nosotros á vos. Tendría muchas cosas que contaros que os entristecerán, pero al mismo tiempo, os daré un gran placer: Vuestra hija Miriam vive, está en Londres, y os busca. Id mañana al baile del hotel Lucifer, y la podréis estrechar contra vuestro corazón... Mi prima Mary estará allí. Yo os la entregaré para que la amparéis.

« Hasta mañana, pues, á media noche.

« Vuestro sobrino afectísimo.

DICK CRANKLE.

— De prisa, capitán, ordenó Uckrill, esta carta á casa de sir Franck.

— ¡Piel de Aguilá! exclamó Dady cogiendo la carta y marchándose, el amo Andrew tiene rayos en los ojos; no creo que se pase el baile del hotel Lucifer sin alguna historia interesante.

— Y, ahora, joven, dijo Uckrill cuando el capitán hubo salido, hace poco os decía que un duelo con Blancanard era inútil: pero no es malo que un muchacho de vuestra edad sepa tener una espada. Si queréis, concluiré la práctica que ha empezado este buen viejo, y aun os daré una lección de combate: no se sabe lo que pueda pasar.

Dick volvió á coger su espada.

Una hora después, el prometido de miss Mary conocía á fondo y practicaba á maravilla la estocada de que Day-Lily se había servido para matar al mayor Rowland, así como una parada y una respuesta, invenciones del policía sentimental.

IV

EL BAILE

El baile del Hotel Lucifer, para el cual Uckrill había dado cita á sir Franck, era la primera entre el trío de solemnidades de la estación, siendo las otras, la inauguración del « Crystal-Palace » y la steeple-chase. Anunciado el baile con mucha anticipación, debería congregarse en los salones y jardines del hotel mecánico lo más selecto de la Sociedad Londinense; pero para no descartar de la fiesta los concurrentes extranjeros á la exposición, se había estipulado en las tarjetas que los trajes nacionales serían admitidos lo mismo que el frac y los vestidos escotados. Desde las diez de la noche Pall Mall presentaba una animación extraordinaria.

Describir el adorno del salón, la iluminación de los jardines y el arreglo del vestíbulo gigantesco sería prolijo para nuestros lectores, y así nos limitaremos á asegurarles que todo estaba profusamente iluminado, adornado exquisitamente, y la afluencia de invitados era pasmosa.